
LIBROS

EN EL LABERINTO DEL SER

De la mano de la poesía, el mito, la sociología y la filosofía, Jesús Ferrero se adentra en el laberinto del ser para buscar respuestas más allá del desaliento.

CAROLINA LAIA PUIGDEVALL

Jesús Ferrero, *La posesión de la vida*, Editorial Siruela, Madrid, 2020.

“Hay mucha niebla cuando vemos la primera luz.
Llegamos a un territorio de brumas acumuladas desde hace milenios.”

La posesión de la vida, p. 11

En este último ensayo, Jesús Ferrero abandona el territorio de la novela para conducir al lector por un largo viaje a través de la poesía y el mito, la sociología y la filosofía, adentrándose de lleno en la elucidación del código humano y abordando el problema del ser uno y del reconocerse, del ser y actuar de manera libre o como simple proyección de los otros. En *La posesión de la vida*, Ferrero explora los mecanismos con los que le vamos dando sentido a la vida,

así como el arte de vivirla sin dejar que el *yo* que nos constituye como individuos se desvanezca en la antigua bruma que nos precede y que amenaza con destruir cualquier ápice de verdadera libertad. Uno de los interrogantes que atraviesa el ensayo, de principio a fin, es si existe la posibilidad de modificar nuestro destino y vivir una vida propia pese a los factores externos que, sin ser conscientes de ello, nos afectan, nos integran y nos desintegran.

En el terreno de lo íntimo, en esa parte irreductible de la mente de cada individuo donde reside el núcleo de su libertad, se libran las principales batallas, que pasan por tres dimensiones: la conciencia, el subconsciente y la aconciencia. Entre estos tres elementos tienen lugar no pocos conflictos a lo largo de la vida. Las pulsiones del subconsciente, que se manifiestan en forma de accidente, pueden alterar “la historia de nuestro ser” y ahogar la conciencia que se va formando en nosotros desde que entramos en el universo del lenguaje. Y ambos, subconsciente y conciencia, se ven en ocasiones invadidos por la acción de la aconciencia, esa parte del ser que banaliza el mal y lo practica, sin rendir cuentas a ningún otro territorio mental. Estos elementos serían, en mayor o menor medida, aliados de la vida.

Antes de que tenga lugar el nacimiento comenzamos a ser moldeados. Así como Pigmalión da vida a su estatua con sus manos, sus caricias y sus pensamientos, proyectados en su obra mucho antes de que Afrodita la convierta en una criatura viviente, los individuos llegamos al mundo con un nombre dado, con una idea que alguien ya tiene de nosotros y, como si fuéramos obligados por una fuerza inevitable, comenzamos a encarnar una especie de repetición. Esta idea del nombre que reverbera en nosotros, del moldeamiento, de la clasificación e impregnación de cada ser humano mientras va accediendo a la gramática de la vida, queda para Ferrero integrada en el “Código Pigmalión”, del que explora todas sus variantes. Nuestro moldeamiento lo inician nuestros padres y más tarde lo continúan aquellos que nos van a rodear y que formarán parte de nuestra vida, de manera que se va fabricando una imagen de nosotros, se va creando un relato que nos señala, nos envuelve y nos determina.

“¿Dónde queda nuestra libertad? ¿Dónde queda nuestra individualidad? ¿Dónde queda nuestra vida?” (p. 76)

El conflicto llega siempre desde el sistema de identificaciones. Identificarnos con el retrato que los demás hacen de nosotros es tan difícil como construir nuestro propio autorretrato. Y a veces, la fuerza magnética del espejo, como le sucedió a Narciso, es tan fuerte que anula todo lo demás. El reconocimiento de la imagen reflejada en el espejo como una duplicación de uno mismo es parte de la toma de conciencia del individuo, que necesita llevar a cabo una reconstrucción de sí mismo cuando se ve reflejado: “En el sueño dejamos funcionalmente de existir, y recuperamos nuestra existencia gracias al espejo”. Todo ello es parte del proceso de autorrevelación. Sea cual sea la imagen que los demás hayan conformado de nosotros desde que comenzamos a existir, cada mañana, durante el tiempo que permanecemos frente al espejo, regresamos a nosotros mismos.

Lo que ocurre con la imagen, ocurre de igual modo con el relato. La importancia de la palabra ocupa una gran parte de este ensayo, y no podía ser de otra manera, viniendo de la pluma de un narrador y un poeta, como es Ferrero. Cuando el autor afirma que “el desarrollo de las matrices de nuestra individualidad no depende tanto de lo que nos pasa, sino de cómo interpretamos eso que nos pasa”, nos está indicando que el relato que vamos haciendo de nosotros mismos va a determinar los avatares de nuestra vida. El problema sobreviene cuando el individuo se sujeta con firmeza a una especie de autorrelato cerrado, sin abrir paso a las dimensiones pasadas, presentes y futuras, que ampliarían las posibilidades de su vida y de la libertad de su ser. La modificación del autorrelato es esencial para construir y mantener la propia imagen. Así, como sucede con el retrato, existe la posibilidad de que el autorrelato se asiente demasiado sobre la mirada ajena más que sobre la propia, y el personaje absorba a la persona (como el agua absorbe a Narciso), llevándose a cabo lo que Ferrero define como el rapto del propio ser.

También hay, durante este viaje, espacio para el “Código Eros”, que habla del “lugar común” que es el amor, transitado por relatos y cuerpos en constante búsqueda de un reflejo que se asemeje en mayor o menor medida al propio retrato. Aquí se lleva a cabo una crítica del concepto de posesión, pues hay una parte irreductible en nuestro ser que nunca puede ni debe ser conquistada por los otros: “La transparencia absoluta estremece, e implica muchas veces la muerte del ser”.

“Es imposible prescindir del ego y del yo y de todo lo relacionado con Narciso y Pigmalión, a no ser que busquemos la anulación y la muerte.” (p. 205)

Tras leer los capítulos anteriores, puede llegarse a la conclusión de que uno de los mayores retos para el individuo consiste en convivir con el propio Narciso sin que este se desvanezca o se ahogue en su propia imagen. Todos aquellos narcisos heridos, absorbidos o anulados tienen en común la persistencia en el hecho de anclar su propia identidad en autorrelatos ya definidos, configurados como arquetípicos, de carácter fijo e inamovible que son, por otro lado, inalcanzables o imposibles de superar. Es también la frustración de no llegar nunca a alcanzarse y no solo el auto-encantamiento, lo que hace que el joven griego se hunda en las aguas.

Cuando el lector llega a la “Salida del Laberinto”, última etapa del camino, puede que sus fuerzas o sus esperanzas hayan flaqueado; sin embargo, todo túnel tiene un final de luz. La clave que nos proporciona *La posesión de la vida* es sencilla de entender, pero quizás más difícil de aplicar. El individuo tiene que hacer frente al miedo y a la discordia interior que se va generando en su alma como fruto de la quiebra entre la realidad y el deseo de ser, y del abismo entre autorretrato y autorrelato. Puede ser doloroso examinar el propio camino y discernir entre lo que se ha anhelado y lo que ha sido real, pero es la única manera de acercarse al yo que nos conforma. Se nos propone entonces una cura filosófica que ha de hacerse desde la razón

y el examen de todos los elementos que conforman nuestro relato, en la que, por supuesto, está permitido cambiar escenas narrativas o actos. Tenemos el poder de llevar a cabo una labor literaria sobre nuestra propia existencia, cambiar palabras de la narración, haciendo que cambie entonces la dirección y el destino de la misma. Este es trabajo de la conciencia, claro, que es la que alude a nuestra historia. A pesar de todo aquello que se nos escapa entre los dedos, es esta, que actúa desde un punto medio entre el subconsciente y la conciencia, la que nos permite bregar con los interrogantes que surgen a lo largo del camino.

“Somos los incesantes profetas de nosotros mismos” (p. 187)

Al final, después de recorrer el laberinto tras los pasos del ser y de haber disfrutado, además, de intensos fragmentos y esclarecedoras citas de autores como Platón, Hegel, Nietzsche, Wilde, Balzac, Maupassant, Henry James, Antonio Machado, Jünger, Fitzgerald, Walter Benjamin, Lévinas o Lacan, el lector descubre que existe un proyecto vital: el de enfrentarse al propio abismo, adueñándose del él para llevar a cabo una existencia fluida, fructífera y valiente, manteniendo siempre el empeño de labrar el propio ser y vivirlo, de participar de nuestro presente y asumir lo inexplicable en nosotros mismos, de recordar dónde hemos estado para saber a donde nos dirigimos, de analizar con detenimiento y a la vez con ironía nuestros pasos, de poseer nuestra propia vida más allá de la amargura que acecha y del desaliento que conspira, de atracar en cien riberas y recorrer muchos caminos, aún sabiendo que a menudo veremos deslizarse ante nosotros largas caravanas de tristeza. 🐾

CAROLINA LAIA PUIGDEVALL ES HISTORIADORA DEL ARTE Y MASTER EN ESTUDIOS ARTÍSTICOS, LITERARIOS Y DE LA CULTURA.